

## ¿SERÍA POSIBLE HABITAR UNA TIERRA SIN MAL? UN ENSAYO SOBRE HEIDEGGER EN EL ANTROPOCENO

*WOULD IT STILL BE POSSIBLE TO INHABIT A LAND WITHOUT EVIL? AN ESSAY ON HEIDEGGER IN THE ANTHROPOCENE*

Ivan Fortunato<sup>1</sup> 

Milagros Elena Rodríguez<sup>2</sup> 

### RESUMEN

Este artículo propone una reflexión sobre las formas de habitar la Tierra en tiempos de hiperconectividad, crisis ambiental y estetización de la vida. A partir de una metodología errante, guiada por la metáfora de la fuga, se recorren caminos entre el pensamiento de Heidegger, el mito guaraní de la Tierra sin Mal y las críticas a la racionalidad técnica. Desde la noción de Antropoceno/Capitaloceno, se destaca la dimensión colonial y extractivista de la actual crisis ecológica. La narrativa busca tensionar las lógicas lineales del conocimiento y señalar cosmologías del Sur que proponen formas más éticas, sensibles y enraizadas de estar en el mundo.

**PALABRAS-CLAVE:** Habitar; *Tierra sin Mal*; Antropoceno; Capitaloceno; metodología errante.

### ABSTRACT

This article proposes a reflection on the ways of inhabiting the Earth in times of hyperconnectivity and the aestheticization of life. Drawing on an errant methodology

---

Autor corresponde: Ivan Fortunato, ivanfrt@yahoo.com.br

1 Instituto Federal de São Paulo (IFSP), campus Itapetininga, São Paulo, Brasil.

2 Universidade de Oriente (UDO), Cumaná, Sucre, Venezuela.

guided by the metaphor of escape, it navigates paths between Heidegger's thought, the Guarani myth of the Land without Evil, and critiques of technical rationality. Through the lens of the Anthropocene/Capitalocene, the colonial and extractivist dimensions of the current ecological crisis are highlighted. The narrative seeks to challenge linear logics of knowledge and point toward Southern cosmologies that propose more ethical, sensitive, and grounded ways of being in the world.

**KEYWORDS:** Dwelling; Land without Evil; Anthropocene; Capitalocene; Errant Methodology.

## PRELUDIO, O UNA BREVE INTRODUCCIÓN A LO QUE SE PRETENDE DESARROLLAR

Este artículo examina los mitos y las narrativas del Sur en la comunicación ambiental, en diálogo con las formas digitales contemporáneas de existencia en el mundo. Al integrar estas dos dimensiones, buscamos reflexionar sobre cómo las cosmologías ancestrales y los conocimientos no hegemónicos pueden cuestionar y enriquecer los debates contemporáneos sobre la mediación tecnológica en nuestras relaciones con la Tierra.

Así, proponemos una aventura epistemológica itinerante, que parte del concepto de habitar (*wohnen*), propuesto por Martin Heidegger (1954), para redescubrir, en el contexto digital y virtualizado de nuestro tiempo, los caminos hacia la *Tierra sin Mal* (Clastres, 1978; z\asNavarro, 1995). Se trata de una búsqueda de otros modos de existencia y de relación con el entorno, guiados por narrativas que resisten y subvierte la lógica del progreso lineal y la colonialidad del conocimiento. Consolidamos esta aventura a través del ensayo, una forma de producción de conocimiento probablemente iniciada por Michel de Montaigne, en la que “el ensayista debe ponerse a prueba” (Starobinski, 2011, p. 19). Aunque no es muy común, a veces algunos investigadores se atreven a ensayar (Costa, 2012; Corrêa, 2014). Esto porque el ensayo es un modo de resistencia decolonial en medio de las metodologías opresivas; y se da en escenarios de motivación personal de los autores; pero sin embargo científica.

Así, el objetivo de este ensayo es presentar una perspectiva sobre cómo una ecología ancestral, arraigada en las cosmologías del Sur, puede ofrecer caminos hacia formas más saludables, sensibles y respetuosas de habitar la Tierra en tiempos de hiperconectividad, gobernanza algorítmica y hegemonía simbólica de las redes sociales.

Para lograr el objetivo propuesto, se adoptó en un enfoque ensayístico y exploratorio, basado en referencias interdisciplinarias que conectan diferentes campos de las humanidades y las ciencias sociales. Al igual que escritos anteriores (Rodríguez; Fortunato, 2022; Fortunato, 2023), este artículo adoptó un carácter reflexivo y experimental.

La naturaleza reflexiva y experimental nos lleva a una profunda reflexión sobre las ideas que consultamos en los autores y sus contribuciones, sin la ceguera epistemológica de actuar a la luz de ideas que puedan ser contradictorias con la salvaguarda de la vida. Así, habitar con la muerte de la vida, la destrucción del planeta, y la decadencia de nuestros congéneres es no existir. En el caso, por ejemplo, de nuestro inmenso patrimonio natural, la presencia humana puede significar su alteración y, por lo tanto, su salvaguarda estaría en riesgo; esta presencia debe ser de preservación, sin transformar el hábitat natural.

La elección de lo que se ha denominado una perspectiva epistemológica errante busca, precisamente, abrir espacio para los conocimientos ancestrales y las cosmologías del Sur, en conjunción con los desafíos contemporáneos de la era digital. Así, la narrativa desafía las lógicas lineales de producción de conocimiento, especialmente aquellas moldeadas por la racionalidad técnica y los sistemas de mediación digital (como algoritmos, plataformas e infraestructuras digitales), que filtran, organizan y ejecutan el conocimiento en la época contemporánea. Con el apoyo de referencias interdisciplinarias, el objetivo lleva a construir significados a partir de los cambios conceptuales y la interrelación de ideas y cosmologías.

Además, nos inspiramos en la estructura de la *fuga* musical que, según The Oxford Companion to Music (Latham, 2011), designa una composición en la que tres o más voces entran sucesivamente, cada una “persiguiendo” metafóricamente a la anterior. Así, la fuga en este texto funciona como una metáfora para proponer una

conversación entre autores de diferentes campos, en la que cada voz retoma y desarrolla el tema que, metafóricamente, experimenta la contemporaneidad.

De este modo, el texto se despliega en una (re)lectura del habitar heideggeriano en contraste con la búsqueda de la *Tierra sin Mal*. También esboza una breve incursión en el Antropoceno con el objetivo de comprender cómo un habitar digital puede vincularse con la *Tierra sin Mal*.

Al final, se espera que este escrito contribuya a la expansión de epistemologías que nos permitan soñar y construir otros modos de existencia, preguntándonos, sin pretensiones de una respuesta definitiva: ¿sería aún posible habitar una *Tierra sin Mal*, o ésta se ha vuelto meramente *Instagrameable*? Es decir, ¿Estamos hablando de un territorio para ser vivido, o ha sido reducido a una imagen pensada para ser compartida en las redes sociales?

## **ESCAPE, ¿O QUÉ PASARÍA SI HEIDEGGER SUPIERA QUE ES POSIBLE HABITAR UNA TIERRA SIN MAL?**

Habitar, tal como lo entendía Martin Heidegger, no es simplemente vivir u ocupar un espacio físico. Es, más bien, una experiencia ontológica, una forma de estar en el mundo que se realiza mediante una interacción cuidadosa con nuestro entorno. En su famoso ensayo “*Bauen, Wohnen, Denken*”, traducido como “*Construir, Habitar, Pensar*”, Heidegger (1951) propone que la auténtica construcción no se limita a erigir muros, sino que surge del habitar, es decir, de una interacción significativa con el espacio, el tiempo y los demás.

Heidegger (1951, p. 1) escribió que “construir no es, en sentido estricto, un mero medio para habitar. Construir ya es, en sí mismo, habitar”. Esto significa que el acto de construir solo adquiere sentido cuando se basa en la experiencia de habitar, es decir, en una interacción cuidadosa con el mundo. De este modo, el autor atribuye al verbo “habitar” una profundidad existencial, ética y poética que la cotidianidad técnica y funcionalista de la modernidad ha vaciado.

Esta crítica del mundo técnico se profundiza en *La pregunta por la técnica*, texto en el que Heidegger (2007) distingue la técnica como simple instrumento (medio para un fin) de su “esencia”, a la que llama *Gestell*. Es un modo de revelación que

desafía y requisa el mundo como *mero* acervo de recursos, transformando todo, incluidos los seres humanos, en subsistencia. “La técnica no es lo mismo que la esencia de la técnica [...] Por lo tanto, la esencia de la técnica tampoco es técnica en absoluto” (Heidegger, 2007, p. 375).

Pero, una vez más, nos preguntamos: ¿sería posible que los humanos vivieran sin construir de forma éticamente responsable, para no degradar el patrimonio natural? ¿Han comprendido los humanos que, al crear, el acto de habitar y vivir se basa en la naturaleza, siendo la naturaleza misma, y que transformarla conduce a la destrucción?

Sabemos que habitar y construir se han confundido y se han llevado a cabo con base en la lógica de la conquista de la naturaleza. Este es un concepto antiguo, impuesto por los invasores con base en su cosmovisión de la muerte. Conquistar para masacrar; lo mismo que ya habían hecho en África, en sus propios continentes, y luego impuesto en este lado del planeta, en una violencia epistémica en la que conquistar se convierte en sinónimo de destruir. ¿Nos ha quedado, como legado de la colonización global, la idea de que habitar es conquistar? La respuesta puede no ser muy aleentadora.

Desde esta perspectiva, la tecnología moderna no es una mera extensión de nuestra capacidad productiva, sino una estructura ontológica que configura la forma en que la realidad se nos presenta. Así, mientras que habitar requiere “cuidado”, una escucha atenta del mundo, el imperio de la tecnología impone una lógica de extracción, control y lucro; este es el fin último de la lógica de conquista establecida por la colonización. Así, se pierde la dimensión del *habitar poético*, que implica pertenencia, apertura al misterio y cohabitación con lo sagrado.

Habitar se convierte así en una forma esencial de estar en el mundo. Es involucrarse en una relación de pertenencia con la Tierra, entendida como aquello que sustenta y cobija. Habitar es cuidar lo cercano, construir en el sentido de preservar, proteger y hacer surgir el significado en el encuentro entre el cielo, la tierra, los mortales y lo divino. Esto es lo que Heidegger (1951) llama *cuadratura*, que es la estructura fundamental del habitar.

Juntos, los cuatro polos de la cuadratura forman un tejido relacional que sustenta la existencia humana en su totalidad. La tierra es aquello que sustenta, nutre

y cobija, pero también aquello que necesita ser cuidado, no dominado. El cielo representa el tiempo cíclico, el misterio de lo que trasciende la razón, la alternancia de las estaciones y el horizonte del infinito. Los mortales son humanos en su condición finita, aquellos que saben que morirán y, por lo tanto, son capaces de cuidar. Los divinos, finalmente, son aquellos que se refieren a lo sagrado, a aquello que excede el control técnico y nos obliga a reconocer nuestras limitaciones y a reverenciar la vida.

En este sentido, la experiencia plena del habitar, según Heidegger (1951), se logra en el equilibrio de la cuadratura, cuando ninguna dimensión suprime a la otra. Sin embargo, el filósofo alemán observa que el mundo moderno ha promovido la disolución de esta cuadratura, a medida que la tecnología moderna y la racionalidad instrumental han alterado este equilibrio. Hemos dejado de habitar poéticamente y hemos comenzado a ocupar, explotar y automatizar. El mundo se ha convertido en un objeto de manipulación, y nosotros, los humanos, somos trabajadores de un sistema que lo transforma todo en datos, recursos, mercancías o contenido.

Lo que Heidegger (1951) denunció, y que sigue siendo tan actual como urgente, es que al olvidar el ser, también olvidamos el habitar. Perdemos el sentido de pertenencia y cuidado; el cuidado de uno mismo, de los demás y del mundo habitado. En lugar de estar en el mundo, nos volvemos contra él, o por encima de él, sosteniendo una lógica de separación y dominación. Este olvido del ser es, en esencia, una ruptura con la propia condición humana. Pues lo que nos hace humanos no es la capacidad de controlar, sino la apertura al misterio, la sensibilidad hacia los demás, la capacidad de cuidar.

He aquí, entonces, preguntas imperiosas: ¿Qué pasaría si Heidegger supiera que, en el Sur Global, existen pueblos que nunca han dejado de habitar una *Tierra Sin Mal*? ¿Qué existen cosmologías que nunca han disociado el cielo de la tierra, lo vivo de lo muerto, lo visible de lo invisible? ¿Qué existen mitologías que no han sucumbido a la tecnología ni a la colonización ontológica y epistemológica del Occidente moderno?

Habitar sería entonces lo opuesto a colonizar, pues implica respetar el tiempo del mundo, el ritmo de las estaciones, la fragilidad de la vida. Esto es lo que los pueblos indígenas siempre han sabido: que no estamos en la Tierra, sino con ella.

Que no caminamos sobre un paisaje, sino entre fuerzas que nos preceden, nos permean y nos trascienden.

Habitar es vivir de la naturaleza, de su alimento y refugio, de la forma en que acoge a seres sin seres, en su conquista que es la colonización, diciéndole a la naturaleza cómo cobijarlos. Pero ¿es posible comprender esta belleza de las acciones de la naturaleza si no creemos en la creación de Dios que acomoda la tierra para que los seres vivan? ¿Si no hay un respeto urgente, sin el cual no podríamos habitar? Ya sabemos que, bajo las religiones que apoyan la masacre en nombre de la invasión, no podemos comprender esto.

Pero, desde el respeto al orden de la creación, sí; pues podemos comprender que la naturaleza, la tierra, precedió al ser, y que, por amor a ella, se preparó para vivir no mediante la conquista, sino mediante un habitar respetuoso, conscientes de que, sin este hogar, este refugio, este alimento, no podemos existir. Esta es una perspectiva social, ambiental y espiritual que Raimon Panikkar llama ecosofía: el arte de habitar el planeta. “La ecosofía va mucho más allá de la visión de la Tierra como un ser vivo; nos revela la materia como un factor de la realidad tan esencial como la conciencia o lo que solemos llamar lo divino” (Panikkar, 2005, p. 202).

Esta sabiduría se expresa, entre otras cosas, en la *Tierra Sin Mal*. Como la describe Helene Clastres (1978), esta *Tierra* constituye uno de los mitos centrales de la cosmología guaraní. Lejos de referirse a un paraíso trascendente o a una utopía inalcanzable, es una realidad buscada activamente en la vida, en esta vida habitada en, sobre y con la Tierra.

Esto significa que la *Tierra sin Mal* no es un más allá, sino un más allá. Es decir, no se proyecta tras la muerte, sino que se inscribe en la vida cotidiana como un horizonte al que se llega mediante la acción ritual, el canto, la danza y la escucha de los sueños. La búsqueda constante de la *Tierra sin Mal* revela una morada en constante cambio, pero también en armonía con las fuerzas vivas del mundo.

Cuando hablamos de una *Tierra sin Mal* es porque reconocemos que los males de la Tierra vienen de los seres humanos, quienes son los portadores del mal que empiezan por querer moldear la naturaleza, la Tierra que es primera en la creación, a ellos y primero a sus caprichos de explotación y luego a hechos más insólitos que

impone el globalismo, como la propia alteración de la naturaleza del ser humano que llevan dentro de sí.

Según Eduardo Navarro (1995), la *Tierra sin Mal*, conocida como *Yvy Marã-e'y* por los guaraníes, es una religión sin panteón ni teología, en la que se puede entrar físicamente, ya que la muerte no es condición necesaria para alcanzar el paraíso. Esto nombre indica una forma ideal de existencia, de bienestar colectivo, anterior a la corrupción técnica del mundo actual, que también podría traducirse como “tierra sin imperfección”, “tierra sin maldad” o “tierra incorrupta”.

La *Tierra sin Mal*, explica Navarro (1995, p. 65), tiene “existencia geográfica y realización histórica”. No es un paraíso mítico en el más allá, sino un lugar posible en esta vida. Es una construcción concreta y colectiva que expresa el deseo de otras formas de vida, lejos de la guerra, el hambre, la esclavitud y las rupturas impuestas por la colonialidad.

De un trocito de esta *Tierra sin Mal* en una playa virgen, perfecta y absolutamente incontaminada, una de las pocas que podemos visitar. Sin embargo, a medida que se construyen edificios y hoteles en las cercanías, sus aguas se contaminan rápidamente por los residuos tóxicos que llegan rápidamente. Aguas que, aunque no nos demos cuenta, ya están contaminadas por la interacción de todo el planeta con ellas, lo que, dada su complejidad, ya ha tenido un impacto en ellas.

Navarro (1995) observa que el acceso a esta *Tierra* se guía por sueños, visiones y cantos, y que estos se consideran una guía espiritual que guía los caminos de quienes la buscan. No se trata, por lo tanto, de un destino territorial por conquistar, sino de una dimensión de la existencia que se realiza en movimiento y en escucha del mundo. La *Tierra sin Mal*, en este sentido, es una práctica de habitar que se opone al sedentarismo y a la lógica del control y la dominación.

La *Tierra Sin Mal* es, por lo tanto, una categoría ontológica y política que expresa una forma de estar en el mundo donde el habitar es inseparable de la libertad y la comunión con el tiempo de la Tierra. Rechaza la separación entre el mundo humano y el natural, entre el cuerpo y el espíritu, entre vivir y soñar. Desde esta perspectiva, el habitar guaraní se opone a la colonización: no se trata de ocupar, dominar ni extraer, sino de caminar con la Tierra, convivir con otros seres y construir una vida donde el bien común no sea una abstracción, sino una práctica cotidiana.

Por lo tanto, es posible afirmar que la *Tierra Sin Mal* no es un pasado perdido ni un futuro inalcanzable, sino un poder que resiste en el presente. Resiste en los conocimientos, las memorias y las prácticas ancestrales que no han sido aniquiladas. Además, no es un lugar fijo, sino una forma de caminar, de sembrar, de escuchar, quizás similar a lo que Heidegger (2007) buscaba al proponer una existencia abierta, pero que no logró reconocer en la tecnología.

Así, proponer el redescubrimiento de la *Tierra sin Mal* en el pensamiento heideggeriano también implica reconocer y desafiar los límites de este horizonte. Traslada la ontología más allá de sus fundamentos europeos, abriéndola a las cosmologías del Sur Global y a las exigencias de una crítica decolonial.

De esto surgen varias preguntas: ¿cómo puede el habitar heideggeriano interactuar con modos de existencia que no han sido devastados por la modernidad tecnológica? ¿Cómo podemos tender puentes entre la cuadratura y la sabiduría ancestral? ¿Cómo podemos reconocer que la escucha, la finitud y el cuidado siempre han estado presentes en las cosmologías indígenas y que son claves para un habitar aún posible?

No es nuevo, como señaló Guy Debord (2003) en 1967 en su manifiesto *La sociedad del espectáculo*, que la experiencia vivida sea sustituida por imágenes que crean una supuesta forma de habitar el mundo. Vivir es actuar, lo cual implica una curaduría del yo que deja de habitar para desplegar una personalidad protagonista que tiene el planeta como telón de fondo y a otros como actores secundarios.

Baudrillard (1991, p. 8) profundizaría aún más esta reflexión al sugerir que ya no vivimos entre imágenes que representan la realidad, sino entre simulacros. Es decir, entre imágenes que simulan, que inventan una realidad que nunca existió; “una realidad sin origen ni realidad: hiperreal”. En la era actual, marcada por la hegemonía simbólica de las redes sociales, la gobernanza algorítmica y la estetización de la vida, esto sugiere que la experiencia de habitar tiende a diluirse en simulacros, que no son más que apariencias y espectáculos.

Regresar a Heidegger (1951; 2007) en este contexto es, por lo tanto, un gesto ambiguo. Por un lado, nos ofrece una poderosa crítica de la racionalidad técnica y una invitación a escuchar y a ser cuidadosos. Por otro, nos obliga a reconocer los límites de una filosofía que, si bien radical, no escapa a las sombras del

eurocentrismo. El reto reside en cruzar estos límites, en hacer de la filosofía un cruce, un punto de encuentro entre saberes. De ahí la pregunta, como ejercicio poético y político: ¿Sería aún posible habitar una *Tierra sin Mal*, o se ha vuelto simplemente fotografiable en Instagram?

Sin embargo, parece que vivir el presente es una puesta en escena continua, un montaje, una ficción. La casa como vivienda se ha convertido en escenario; la comida, los eventos, las experiencias... todo se ha vuelto contenido efímero, que dura segundos y expira en un día. La Tierra, que durante siglos dejó de ser considerada madre, tierra sagrada o fuente de recursos, ahora se trata como un telón de fondo para *selfis*, reducida a un telón digital para una existencia que se desvanece en *stories, likes* e interacciones (igualmente fugaces).

Esta reducción es un síntoma profundo de un paradigma civilizatorio que separa a los humanos de la naturaleza, como si esta existiera para servirles y, como se ha señalado recientemente, para ser preservada y así crear una supuesta sostenibilidad ambiental. En este contexto, la tecnología, que podría ser una mediación de cuidado y comunión, se instrumentaliza para expandir el control (y la venta) de los recursos naturales, pero no para expandir el vínculo original que tenemos con el planeta habitado.

Sería ilusorio pensar que, si las tecnologías creadas por el hombre manipularan a los propios humanos, no harían lo mismo con la naturaleza; sin duda lo harían. Además, sabemos que los instrumentos utilizados para la conquista llevan las intenciones de quienes oprimen, quienes inducen la destrucción de la Tierra al intentar habitar otros planetas. Las acciones de los opresores y los oprimidos que no despiertan sus conciencias son la locura llevada a su máxima expresión. Este es un anhelo Freiriano que debemos reexaminar en nuestra práctica (Freire, 1987).

Es dentro de esta lógica que se arraiga una peligrosa división entre ser humano, técnica y entorno. Como advierte Massimo Di Felice (2021):

[...] la idea del hombre separado del medio ambiente y autónomo en relación con la tecnología nos parece no sólo insostenible, sino incluso peligrosa, ya que se presenta claramente, como supuesto filosófico, como una de las principales causas de la actual crisis ecológica y del inicio de la nueva era geológica denominada Antropoceno (Felice 2021, p. 5).

En esta era denominada Antropoceno, los autores Eduardo, Felipe y Silva (2021, p. 7) afirman que “los cambios provocados por las actividades humanas son considerados tan intensos que muchos investigadores los igualan o incluso los evalúan como superiores a las fuerzas de transformación de la propia naturaleza”.

Pero el Antropoceno presenta una vaguedad; implica una retórica basada en las mismas concepciones, en última instancia coloniales, que el poscolonialismo, que busca descolonizar en el corazón mismo del colonialismo, pero nos deja en el Sur atrapados en la misma minimización y opresión. Sabemos que el cambio global antropogénico es, de hecho, una consecuencia de la relación explotadora de la modernidad con la naturaleza como proyecto colonial, pero la idea del Antropoceno exige más del propio capitalismo para transformar la historia en su conjunto (Mauelshagen, 2012).

Para Eduardo Barcelos (2024), el concepto de Antropoceno surge de la idea de que la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica capaz de modificar profundamente los sistemas naturales del planeta, provocando una crisis ambiental generalizada. Esta noción, explica el autor, si bien plantea una importante crítica a la escala e intensidad de las acciones humanas en el contexto de la crisis ecológica, cae en una trampa: diluye las desigualdades históricas, políticas y económicas que estructuran el mundo y sus modos de destrucción. En otras palabras, atribuye una culpabilidad homogénea y abstracta a la humanidad.

Esta trampa conceptual termina generalizando y culpabilizando a todos los seres humanos por igual de la actual crisis ambiental. En contraste, explica Barcelos (2024), el concepto de Capitaloceno ofrece una clave analítica más convincente al ubicar la crisis ambiental en el marco del capitalismo como proyecto histórico específico y su lógica de explotación, mercantilización de la vida y colonización (de personas, culturas y naturaleza).

Según Barcelos (2024, p. 404), hablar del Capitaloceno significa, por lo tanto, rechazar la idea de que “no hay alternativas”. Es reconocer que la crisis ecológica no proviene de una esencia humana destructiva, sino de decisiones políticas y económicas tomadas por sujetos históricos concretos, cuyos intereses se entrelazan con el mantenimiento de un sistema que se beneficia de la destrucción. Al situar la

crítica en la historia, el Capitaloceno nos devuelve la posibilidad de actuar, resistir e imaginar otros mundos posibles. Esto se debe a que se vuelve posible y relevante identificar quién se beneficia, quién sufre y quién resiste.

En este sentido, la ruptura entre lo humano y el mundo, fomentada por la lógica colonial y las performatividades espectaculares, encuentra su desarrollo más agudo en el Antropoceno (o, ¿Sería más preciso decir, el Capitaloceno?). No se trata de un cambio en los ciclos geológicos, sino de un cambio epistémico que exige repensar las formas en que habitamos este planeta, o dejamos de habitarlo para obtener ganancias y actuar. ¿En qué clase de mundo vivimos? ¿Y qué mundos podemos construir aún, juntos, si somos capaces de reconectar lo que ha estado separado?

Una posible respuesta sería *habitar* la Tierra, no solo actuar en ella. Esto requiere romper con los simulacros, cada vez más potenciados por algoritmos virtuales e inteligencias artificiales (supuestas), que nos prometen experiencia, pero que, en última instancia, nos distancian de la cuadratura de Heidegger.

## TOCCATA: HABITAREMOS CON UN ARTE SABIO O PERECEREMOS

Vivir con comodidad y seguridad, sin transformación, ya parece una misión que ya es demasiado tarde para emprender. Por ello, emerger a la vida con el arte de vivir debería ser ahora una visión de recivilización. Una renovación urgente, necesaria y consciente, en la que podamos vivir en armonía con el planeta y cuidarlo.

No creemos que, tras conquistar con la fuerza y transformar la naturaleza con devastación, seamos capaces de reparar lo dañado. Pero, en medio de esta destrucción, ¿seremos capaces de detener esta aberración que es la destrucción de la humanidad al destruir la naturaleza? Sabemos que esto no es una opción, sino el único camino posible para la humanidad.

Así, en el sabio arte de habitar el planeta, desde su compleja creación, los seres humanos debemos redimirnos de los males que nosotros mismos hemos causado. Comprender que la Tierra clama, responde y advierte sobre esta herida debería ser una diatriba dirigida a la humanidad misma, como un llamado a la reflexión crítica sobre nuestra forma de vida.

Pero nada de esto es posible mientras los seres humanos elijan vivir vidas opresivas, obedeciendo la conciencia del opresor y sirviéndole. Nuestras cosmovisiones han evolucionado con el tiempo, pero la prueba de que seguimos oprimidos es que, en el fondo, no podemos reemplazar fácilmente el conocimiento que impone la tecnología por aquel que cuestiona y destruye las falsas verdades sobre la existencia.

En la obra titulada *Saberes ancestrales - ecosofía: re-ligajes decoloniales planetario* (Rodríguez, 2024) se presentó diversos impactos descoloniales y complejos derivados de la destrucción y la opresión. El texto buscó profundizar en la ecología del conocimiento ancestral, entendida como una sabiduría profundamente espiritual de la Tierra misma, que se revela a los seres humanos cuando la perciben con amor. Al mismo tiempo, muestra que esta ecología fue derrotada por la explotación y destrucción de la naturaleza y la humanidad misma por parte del capitalismo, que genera riqueza para unos pocos y pobreza para la mayoría.

Sabemos que es urgente superar cierta forma de pensar sobre la ecología, en la que la ética humana se considera algo normal y no siempre cuestionado. Por ejemplo, a menudo se cree que explotar la naturaleza forma parte del progreso, sin considerar las consecuencias. Para cambiar esta perspectiva, necesitamos adoptar una perspectiva más amplia y compleja, que considere todo como interconectado.

Además, también es importante adoptar el pensamiento decolonial, que va más allá de las críticas al colonialismo tradicional y propone cambios reales en nuestra forma de ver el mundo. Con esto, podemos redescubrir el equilibrio entre la materia y el espíritu, o entre el cielo, la tierra, los mortales y lo divino. “Reflexionar sobre el conocimiento ancestral- ecosófico que somos nos eleva naturalmente, en nuestra afectividad cognitivo-afectiva-espiritual, a la sensibilidad debida a nuestras limitaciones para crear la naturaleza” (Rodríguez, 2024, p. 1).

Sabemos también que la destrucción de la Tierra ha sido consecuencia de las decisiones del colonialismo global. Pero, en última instancia, ¿Quién las pone en práctica? El opresor al que servimos. Aquí reside la belleza de nuestra contribución: hacer lo que debemos, incluso en medio de la decadencia, es una cuestión de conciencia y de vida.

Por lo tanto, redescubrir la *Tierra sin Mal* no es un regreso nostálgico, sino una tarea ética y política: escuchar otras formas de existencia para resistir las lógicas coloniales que la deshabitan. Si el Antropoceno/Capitaloceno expone los límites de un sistema basado en la extracción y la exhibición, quizás las cosmologías del Sur nos recuerden que aún es posible habitar poéticamente, entre el cielo y la tierra, entre mortales y seres divinos, con los pies en la tierra y nuestros sueños en el mundo. La pregunta no debería ser si hay futuro, sino si sabremos (re)habitar el planeta de una manera que ya no nos obligue a preocuparnos por un posible fin.

Parafraseando a Aílton Krenak (2019), he aquí una idea para posponer el fin del mundo: recuperar el conocimiento que siempre estuvo presente.

## Agradecimientos

El autor da investigação agradece a Eduardo Navarro pelo texto que possibilitou conhecer a *Terra sem Mal*. La autora cristiana no religiosa agradece a Dios el creador de los cielos y la tierra su amor infinito, por tenernos aún con vida en medio de la profunda inhumanidad del ser, que no ha tomado conciencia de tan inmensa gracia en el sacrificio de Jesucristo. Cuanto anhelo tus maravillas mi Dios amado, Padre de la tierra-patria, sé de tu palabra cumplida “por tanto, he aquí, volveré a hacer maravillas con este pueblo, prodigiosas maravillas; y perecerá la sabiduría de sus sabios, y se eclipsará el entendimiento de sus entendidos” (Isaías 29:14).

## REFERENCIAS

BARCELOS, E. Antropoceno e Capitaloceno. In: CARMO, Valter do. (org.)

Dicionário de Ecologia Política.

BAUDRILLARD, J. **Simulacros e simulação**. Trad. Maria João da Costa Pereira.

Lisboa: Relógio D'Água, 1991.

CLASTRES, H. **Terra sem mal**. Trad. Renato Janine Ribeiro. São Paulo: Brasiliense, 1978.

CORRÊA, R. Carl Sauer e Denis Cosgrove: a Paisagem e o Passado. **Espaço Aberto**, Rio de Janeiro, v. 4, n. 1, p. 37-46, 2014.  
<https://doi.org/10.36403/espacoaberto.2014.2431>

COSTA, J. Ensaio sobre Meio Ambiente, Ordenamento Territorial e Escala de Ação das Grandes Corporações. A Vale na Estratégia de Conservação da Natureza e Desenvolvimento em Carajás. **Espaço Aberto**, Rio de Janeiro, v. 2, n. 1, p. 101-116, 2012. <https://doi.org/10.36403/espacoaberto.2012.2078>

DEBORD, G. **A sociedade do espetáculo**. Trad. Railton Sousa Guedes. Projeto Periferia (online), 2003. <https://www.ebooksbrasil.org/adobeebook/socespetaculo.pdf>

EDUARDO, C.; FELIPPE, M.; SILVA, T. Proposta Metodológica para Mapeamento de Relevos Tecnogênicos em Áreas de Desastres Ambientais. **Espaço Aberto**, Rio de Janeiro, v. 11, n. 1, p. 5-26, 2021.  
<https://doi.org/10.36403/espacoaberto.2021.3847>

FELICE, M. **A cidadania digital**. São Paulo: Paulus, 2021.

FORTUNATO, I. Os saberes de ontem são necessários hoje? Ou como pachamama ajuda a pensar a educação planetária. **Entretextos - Revista de Estudios Interculturales desde Latinoamérica y el Caribe**, La Guajira, v. 17, n. 23, p. 96-109, 2023. <https://doi.org/10.5281/zenodo.7868840>

FREIRE, P. **Pedagogia do oprimido**. 17. ed. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1987.

HEIDEGGER, M. A questão da técnica. **Scientiae Studia**, Sao Pablo, .v. 5, n. 3, p. 375-398, 2007. <https://doi.org/10.1590/S1678-31662007000300006>

HEIDEGGER, M. Bauen, Wohnen, Denken. In: HEIDEGGER, M. **Vorträge und Aufsätze**. Trad. Marcia Sá Cavalcante Schuback. Pfullingen: Neske, 1954.  
<https://filosofiaepatrimonio.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/03/martin-heidegger-construir-habitar-pensar.pdf>

KRENAK, A. **Ideias para adiar o fim do mundo**. São Paulo: Companhia das Letras, 2019.

LATHAM, Alison (ed.). **The Oxford Companion to Music**. Oxford: Oxford Press, 2011.  
<https://www.oxfordreference.com/display/10.1093/acref/9780199579037.001.0001/acref-9780199579037-e-2723>

MAUELSHAGEN, F. The ‘Anthropocene’: a case for a climate history of the nineteenth and twentieth centuries. **Zeithistorische Forschungen / Studies in**

**Contemporary History**, Reino Unido, v. 9, n. 1, 2012. <https://zeithistorische-forschungen.de/1-2012/id=4596#en>

NAVARRO, E. A Terra sem Mal, o paraíso Tupi-Guarani. **Cultura vozes**, São Paulo, n. 2, p. 61-71, 1995.

RODRÍGUEZ, M. E. Saberes ancestrales - ecosofía: re-ligajes decoloniales planetario. **Rev. Pemo**, Ceará, v. 6, e10821, 2024.  
<https://doi.org/10.47149/pemo.v6.e10821>.

RODRÍGUEZ, M. E.; FORTUNATO, I. La complejidad de la Tierra-patria y la deconstrucción rizomática: pinceladas de la Educación Ecosófica Planetaria. **Ens. Saúde e Ambient**, Niterói, RJ, v 15, n. 2, p. 196-210, 2022.

SOCIEDADES BÍBLICAS UNIDAS. **Santa Biblia**. Caracas: Versión Reina-Valera, 1960.

STAROBINSKI, J. É possível definir o ensaio? **Remate de Males**, Campinas, SP, v. 31, n. 1-2, p. 13-24, 2011. <https://doi.org/10.20396/remate.v31i1-2.8636219>

---

Artigo apresentado em 25/11/2025

Aprovado em 05/12/2025

Versão final apresentada em 10/12/2025

Editora chefe: Carla Cardi Nepomuceno de Paiva.

 Este é um artigo de acesso aberto distribuído sob os termos da Licença de Atribuição Creative Commons.